

De moradas y miradas interiores

Moradas interiores

AMALIA MORENO RESTREPO,
MARÍA PAZ GUERRERO, TANIA
GANITSKY Y MARÍA GÓMEZ LARA
Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, 2016, 128 pp.

NO CABE duda sobre el acierto del título de este libro de poemas, *Moradas interiores*, y la sintonía de las cuatro voces que componen. Hay en el conjunto una comunicación profunda entre sus autoras, en la que se establece una dinámica que habla desde lo más interior y se concentra en esa morada del ser que es la palabra. Y es que estas cuatro jóvenes mujeres con formación en literatura, más que referirse de manera única a su ser femenino y sin dejar de lado las angustias que deja el desastre de su tiempo, se levantan desde la condición humana buscando la voz apropiada para reflexionar sobre ser, existir, habitar y crear. Al final del recorrido por los casi 80 diferentes poemas, se confirma que en ellas la escritura y la palabra pueden mostrar composiciones variadas, y hasta ayudan a sanar y a veces a entender qué es esto de pasar por la vida.

Desde el carácter de cada una la voz puede desdoblarse, como en el caso de Amalia, que establece un juego masculino/femenino en varios de sus 20 poemas; o de María Paz, que multiplica o metamorfosea su yo en el poema; o de Tania, que busca la escritura para domesticarla como si esta fuera un animal que alberga desastres; o de María, que arma la poesía “a pedacitos”, se autodefine en otras voces consagradas o expresa su dolor o confusión ante la vida que inquieta. En ellas gravita el extrañamiento, la incertidumbre, los regresos a lo perdido, incluidos la infancia, las lecturas y aprendizajes, el lenguaje y sus descubrimientos.

Pasar de una voz a otra es como hacer un viaje que aproxima a cada morada interior y a su mirada poética. Ya el poeta y ensayista Óscar Torres habla en el prólogo de su sorpresa al recorrer el libro en el orden factible “como un safari” y encontrarse con espacios abiertos y cerrados y tantos

mundos y tan variadas formas de versos, transgresiones y dolores en los poemas de María Gómez Lara; con las sugerentes paronimias y aliteraciones que llenan de perplejidad a quien sigue las palabras de Amalia; con las explosiones verbales, los espejos y el “furor del silencio” de Ganitsky; o con el tejido de la voz dentro de sí misma en los versos de María Paz, quien “une las palabras con hilos en una jaula”.

Basta detenerse en la muestra poética de cada una, para disfrutar la sensibilidad, el tono, las atmósferas y las formas de esos inquietantes y sugestivos universos. Vamos en su orden: cuando Amalia Moreno publicó *Los 16 motivos del lobo* (2015), un largo poema dividido en 16 fragmentos, referido a la violencia e ilustrado por Santiago Guevara, reflejaba su desagrado ante una realidad difícil de asimilar. El poema que da comienzo a *Moradas interiores* no es ajeno a esto, ya que sostiene la sensación de disgusto y una necesidad de “pesar la pesadumbre / a pesar del pensamiento”. Se trata de destacar cuánto pesa o mide el dolor, aprovechando juegos verbales o de palabras, la autoafirmación “porque amalia / por dónde me ahogo / por dónde sigo / conmigo / hasta cuándo”, su ser poético con ese don que lúdicamente se hace y rehace en la palabra. Como en “Dónde ser”, poema en el que al descomponer el adverbio “dónde” enfoca el don de ser que se desplaza al ojo o al oído hasta consumarse en el “don de ser para morir / don de perecer para ver / sentir de oír el viento”. Lo mismo sucede con otros significados que aprovecha para dar movilidad a los verbos, como cuando combina “cavar” y “acabar” ahondándolos en el poema “Un hueco”: “Entonces hiciste un hueco / cavaste y nos fuimos acabando / hasta el principio”. O con el afortunado juego de asociaciones libres, al decir: “(...) subsuelo ser yo mismo / que ayer yerto hierba seca”. O con las recurrencias al verbo “sentar”, que usa en el sentido de acomodarse, aquietarse o escarbar, como cuando dice: “(...) aquí me siento al asiento del árbol”, o: “(...) llevo sentada un mes / llevo un vago recuerdo / vengo de buscar escarbar / (...) llevo un mes para sentarme / sobre otro mes sentado”. Otro tanto sucede con la reiteración del dolor que, al nombrarse

25 veces, es “viejo”, “amigo”, “frío”, “ambiguo”, “ahogado”, en fin, “dolor heredado” que recoge su vértigo constante y puede remitir a esa “libre nada” que está contenida en “Encadenamientos sobre la libertad”.

Por otro lado, en María Paz Guerrero la noción del yo poético consciente de la escritura se desborda en identidades que se escapan y pueden ser duales, múltiples y metamorfoseantes: “(...) soy tantas a la vez / tantas que se me escapan / tiro una red / para atraparlas”, como dice en su poema “Me repito”. Y con “hambre de mundo” hace a Fausto mujer sin ojos, Fausta que repta autista arrullando “el cadáver con miedo”, y puede ser “raíz enferma” en esa madre desdoblada en la hija, y le enseña a cantar su muerte. Y es el animal que escribe y se siente “metido en una jaula de a poquitos”, o mariposa que desgarrar su obra para volar, hasta definirse en la escritura con todos los horrores de la existencia. En los pliegues de su lenguaje, María Paz se asume como nueva tejedora que afirma su relación con las palabras, no las que suceden y se escriben sino las que le ocurren y une con hilos, las que saborea o muerde “hasta llegar al esqueleto” y mastica como huesos tiernos. Se trata de degustar la palabra, explorarla y buscar conocerla.

La voz de Tania Ganitsky sabe que si la escritura se agota, queda el silencio para domesticarlo, como a los animales. Y en ese afán, también sabe que las voces oscuras hay que imaginarlas jugando para “escapar del fuego de sus pupilas”. La oscilación entre la animalidad y el sueño, convocados en sugestiva tensión, alude a veces a los miedos, a la oscuridad, a lo incierto, a una realidad que afecta y aterra. De ahí que ofrece una tensión tan honda que pareciera la angustia profunda de un tigre de Bengala, paradójicamente persiguiéndose a sí mismo, como el ser que dando vueltas en redondo busca y se busca. Y al ir de la realidad al sueño puede ver “al hermano colibrí” como “color errante”, saber que la escritura guarda su desastre, que el silencio es signo de la palabra, que un libro puede ser vacío o imagen de la mariposa que exhala su último suspiro. Y, como María Paz, convoca a la madre que en este caso renace donde camina un hombre

solo, y acaso un animal salga del sueño. Su voz, lo subraya Óscar Torres, tortura la expresión y hace que como animal salvaje “el silencio les enseñe los dientes a las palabras” (p. 13) y viva calladamente en la escritura (p. 17).

Y en una línea transversal que une el dolor de todas, María Gómez Lara llega con sus poemas a cerrar el libro afirmando: “(...) aquí sigo todavía estrellando mis astillas”. Se trata de la conciencia de un mundo roto y a tono con su tiempo, similar al de las otras poetas. Es como si tuvieran que “morir para salvarse” y ninguna de ellas estuviera ajena al desastre, como dice en su poema “Conjuro”, en el que entremezcla versos ajenos y juega con ellos al escribirlos en cursivas, incorporando la lengua ajena que fusiona a su sentir “sola esperando el huracán” y oyendo “el crujir del viento (...) / cuando no queda nada en pie”. Al declararse nacida “el mismo día que Emily Dickinson” pero “casi dos siglos después”, apela al conjuro que convoca el modelo poético para saberse “a flote”. Y transgrediendo a veces la sintaxis y aboliendo la puntuación y las mayúsculas, ofrece otras formas de poetizar y llama diversas formas de la tradición cosmogónica, fenomenológica o del pasado literario. Así, los elementos cobran presencia, como cuando en “Nocturno” el fuego juega con las palabras “brasa” y “abrazo” al referirse al afecto o al calor: “(...) habría que abrazar el alba / de perdernos otra vez / habrá que abrasar pero le temías al fuego”, poema que culmina en fino contraste al no lograr dar calor cuando se abrasa con las manos frías, o como cuando reiterativamente estrella sus astillas en busca del fuego, tal vez el purificador de los comienzos.

En esta poética del dolor afirma el yo que se sabe cuerpo “enclenque y distraído” que duele desde adentro; apela a don Quijote y a Sancho —uno es sombra del otro— que están rotos; sabe que “huir / sería quedarse” y “derrumbarse” para “rearmarse” con cenizas como una nueva ave fénix; reconoce que de tanto estar sola puede sentirse en compañía, y cierra afirmando que “andamos en puntillas / y de tanto no estar / vamos estando”, mientras escribe “con los huesos con la sangre”, aunque el hecho estético muestre las costuras.

Entre la afirmación y la ambigüedad de género, las voces femeninas y las que no, estas cuatro jóvenes hablan, gritan, tartamudean, deliran o increpan desde el dolor, buscando la palabra que nombre sus “moradas interiores”. Bienvenidas sean.

Luz Mary Giraldo